

## THE CONQUEST OF THE (B)EAST

**RESUMEN** Aunque ya en el siglo XVIII, con el debilitamiento del Imperio Otomano, los viajes de aventureros europeos a las tierras mencionadas por la Biblia (Asiria y Babilonia) aumentaron, fueron las Guerras de Crimea entre los Imperios Ruso y Otomano, en 1851, y entre los Imperios Persa y Otomano, pocos años más tarde, los que permitieron la llegada de arqueólogos occidentales al Próximo Oriente. Éstos, en efecto, eran militares, que acudían para apoyar a los poderes otomano o persa en función de los intereses en la zona, cuyo control era imprescindible para los desplazamientos entre Europa y las colonias británicas, francesas y alemanas de la India y de Indochina. Esos arqueólogos-militares, que necesitaban trazar planos detallados para las campañas militares y arqueológicas, hallaron las mejores condiciones para iniciar las primeras excavaciones, financiadas por gobiernos y museos públicos británicos y franceses. El Imperio Germánico se incorporó a la conquista territorial y las exploraciones a finales del siglo XIX, tratando de recuperar el tiempo perdido. Finalmente, el siglo XX vio llegar a los arqueólogos norteamericanos enviados por grandes universidades. Las misiones fueron facilitadas con la desmembración del Imperio Otomano y la transformación de los territorios árabes del Imperio en colonias británicas y francesas, lo que aceleró el transvase de piezas hacia Occidente hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, cuando la creación de los primeros estados árabes estableció nuevas reglas para la exploración y el reparto. Este número monográfico de la revista **DC PAPERS** estudiará las estrechas relaciones entre el dominio colonial y la arqueología, en busca de las "raíces" de la cultura europea, que tenían que ser sumerias y no acadias, asirias o babilónicas, unas culturas semitas (como la hebrea) rechazadas por arqueólogos germánicos, sobre todo, en los años veinte y treinta.

**SUMMARY** Though already in the 18th century, with the weakening of the Ottoman Empire, the trips of European adventurers to the lands mentioned by the Bible (Assyria and Babylonian) increased, they were the Wars of Crimea between the Empires Russian and Ottoman, in 1851, and between the Empires Persian and Ottoman, a few years later, which allowed the arrival of western archeologists to the Near East. These, in fact, were military, that were coming to rest to the power Ottoman or Persian depending on the interests on the zone, which control was indispensable for the displacements between Europe and the British, French and German colonies of the India and of Indochina. These archeologists-military men, who needed to plan detailed strategies for the military and archaeological campaigns, found the best conditions to initiate the first excavations financed by governments and public British and French museums. The Germanic Empire joined to the territorial conquest and the explorations at the end of the 19th century, trying to recover the lost time. Finally, the 20th century saw to come to the North American archeologists sent by big universities. The missions were facilitated by the dismemberment of the Ottoman Empire and the transformation of the Arabic territories of the Empire in British and French colonies, which accelerated the transverse of pieces towards West until ends of the Second World War, when the creation of the first Arabic States established new rules for the exploration and the distribution. This monographic issue of the magazine **DC PAPERS** will study the narrow relations between the colonial domain and the archaeology, in search of the "roots" of the European culture, which had to be sumerians and not Acadians, Assyrians or Babylonians, a few Semitic cultures (as the Hebrew) rejected by Germanic archeologists, especially, in the twenties and thirties.



# APRENDIENDO DEL ESTE

Pedro Azara

La invasión árabe, en el siglo VII, partió definitivamente el Mediterráneo, ya fracturado entre reinos bárbaros en Occidente y el Imperio Bizantino, al este, tras la caída de Roma a finales del s. V. Los lugares santos, y las tierras descritas en la Biblia dejaron de estar relativamente fácilmente al alcance de los cristianos. Se convirtieron así en un objeto preferente de estudio, defensa y, sobre todo, conquista.

Sin embargo, los primeros viajeros al este venidos de occidente no fueron tanto cristianos como musulmanes. La continuidad de las tierras bajo dominios de Damasco y luego de Bagdad, desde Al-Andalus (toda la Península ibérica y el sur de Galia), facilita el tránsito de geógrafos árabes o musulmanes venidos del califato de Córdoba hacia la Meca (en una peregrinación obligatoria una vez en la vida) y, aún más hacia el este y el norte, a Damasco y más tarde a Bagdad, ya desde el siglo VIII.

Los yacimientos mesopotámicos —sumerios, acadios, babilónicos, asirios— habían caído en el olvido desde hacía siglos y se encontraban en estado ruinoso, ganados por el desierto y el salitre, como aún hoy. Las estructuras de adobe se desmoronaban, y constituían masas informes que se alzaban sobre la costra salada del valle de los ríos Tigris y Éufrates. Nadie recordaba los antiguos nombres de las ciudades, casi todas abandonadas o muy despobladas. La llegada de la religión persa (zoroástrica), cristiana (con todas las sectas gnósticas y las últimas neoplatónicas), y musulmana, había barrido la fe y el culto en divinidades en las que nadie ya creía.

Sin embargo, todo y la desertización, las zigurats se mantenían en pie, así como el juego de terrazas de Uruk. Al mismo tiempo, el nombre de Babilonia, y de las capitales imperiales asirias, como Nínive, Nimrud y Aššur, tan citadas en el Antiguo Testamento y en el Apocalipsis, así como en el Corán, perduraban. La imagen de Babilonia, por ejemplo, había quedado desfigurada por el mito de la torre de Babel, que algunos viajeros confundían con las ruinas de una de las capitales neo-asirias, pero el hecho que precisamente la Biblia destacara a esta ciudad reiteradas veces, y que incluso el nombre de su supuesta fundadora (citado por vez primera por Herodoto) la reina Semiramis, se mantuviera en algunos textos de Padres de la Iglesia, alentaron la curiosidad por ver directamente a la Gran Prostituta —junto con Sodoma y Gomorra. Finalmente, la condena bíblica de las capitales asirias mantuvo, paradójicamente, su recuerdo, al igual que el de Babilonia. Es por esas razones que los primeros viajeros musulmanes a Oriente, provenientes de la Península ibérica, sintieron la curiosidad de descubrir las ruinas de esas ciudades cercanas a Bagdad. Los relatos de viaje que redactaron cuentan con las primeras descripciones de algunos yacimientos, caracterizados casi siempre por un montículo —un tell, quizá un zigurat— erizado o rodeado de ruinas informes.

Si los geógrafos musulmanes, guiados por la geografía de Ptolomeo, no tuvieron impedimentos para recorrer las cercanías de Bagdad —el valle del Tigris—, los viajeros cristianos, más preocupados por la salvaguarda de los santos lugares, se desplazaron con cuenta gotas y grandes dificultades, sobre todo desde el momento en que los cruzados asediaron a saquearon tierras y ciudades en Palestina. A partir del siglo XV, el nuevo poder otomano, establecido en Bizancio (Estambul), hizo todo lo posible para impedir el paso de cristianos

por las tierras que acababa de conquistar. Éstos ya solo podían desplazarse en grupos muy pequeños y camuflados. A partir del Renacimiento occidental, cuando las relaciones entre Venecia y la Sublime Puerta se volvieron fluidas, la penetración occidental en Oriente fue restringida o prohibida.

Fueron la Guerra de Crimea, entre Rusia y la Sublime Puerta, seguida de la guerra entre los imperios otomano y persa, a mediados del siglo XIX, las que favorecieron el redescubrimiento occidental del Próximo oriente Antiguo, y su lenta conquista. El imperio otomano se extendía por todo lo que fue Mesopotamia. Esta parte del imperio, árabe estaba dejada por los turcos. Bagdad, que había sido la principal ciudad del mundo en el siglo XII, era una pequeña ciudad de provincias. Mas el poder otomano concedía muy pocos permisos para atravesar la parte árabe del imperio. Sin embargo, se trataba de una vasta zona necesaria que conectaba el Mediterráneo Oriental con los puertos en el Golfo Pérsico, desde donde se partía hacia las colonias occidentales (francesas y británicas) en la India y en Indochina. La Guerra de Crimea justificó el envío de tropas occidentales para ayudar al ejército otomano en su lucha contra los rusos; poco tiempo después, estas mismas tropas se pusieron del lado de los persas enfrentados a los turcos. De este modo, el Imperio otomano quedó debilitado, pero no se desmoronó, por lo que pudo seguir controlando a las tribus árabes, a cambio de permitir el tránsito por los valles del Tigris y el Éufrates. Los mandos militares occidentales tenían el encargo de sus gobiernos de explotar y explorar la antigua Mesopotamia. Los primeros arqueólogos fueron militares. Los planos de campaña servían también para orientarse en el territorio a la búsqueda de las perdidas ciudades orientales citadas por la Biblia. Las primeras misiones arqueológicas empezaron las excavaciones, primero en el norte y el centro de lo que hoy es Iraq, y en el sur, cerca de las marismas, a finales del siglo XIX. Un imperio sin fuerzas como el otomano fue cediendo, otorgando concesiones. Museos y historiadores occidentales buscaban las raíces de la cultura occidental en Mesopotamia, tal como la Biblia sostenía, e incluso pensadores griegos tardíos, inspirados por Platón, fascinados por Babilonia. Obtener piezas dignas de un gran museo se convirtió en un objetivo claro. Se las liberaba de la tutela otomana y árabe, que supuestamente no las protegía: eran obras propias de la cultura occidental; árabes, turcos y persas no podían sentirse identificados con este legado; tenía que pasar a Occidente, el verdadero heredero de la historia mesopotámica y bíblica.

El hundimiento del Imperio otomano, y su desmembración tras la Primera Guerra Mundial, junto con la ocupación franco-británica colonial, permitió que las misiones arqueológicas y la extracción de piezas ya no tuvieran lugar en tierra extranjera, sino en suelo perteneciente a Occidente. Entre los años 20 y el final de la Segunda Guerra Mundial tuvieron lugar misiones arqueológicas con miles de trabajadores, extrayendo un sinfín de obras, mal repartidas entre el poder colonial y los territorios árabes y turcos, hoy en los grandes museos europeos y norteamericanos. La conquista del este había dado sus frutos. No era ilegal ni ilegítima. La Biblia era la salvaguarda de las misiones; su legitimación.